

**LA INHABITACION DE DIOS
EN EL ALMA JUSTA**

por
P. VALENTIN DE SAN JOSE
(Un carmelita descalzo)

Cuarta edición póstuma
1995

APOSTOLADO MARIANO
C/ Recaredo, 44
41003 --- SEVILLA

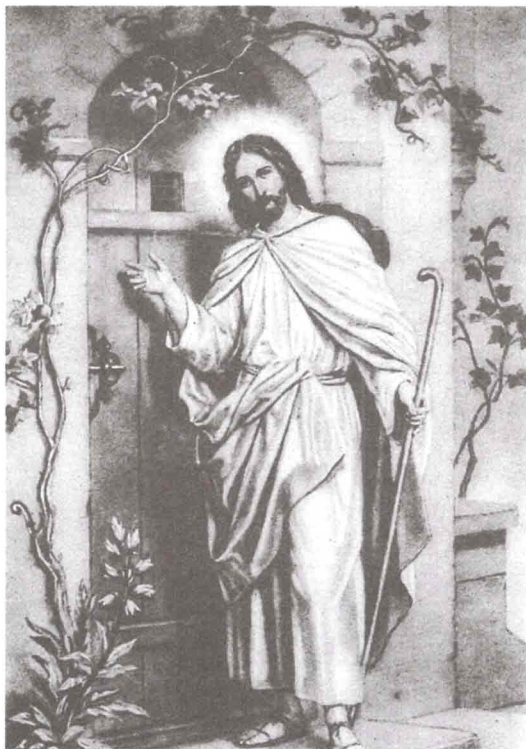
"Con Licencia Eclesiástica y de la Orden"

Impreso en España

ISBN: 84-7770-271-3 - D.L.: Gr-525-95

Impreso en Complejo Gráfico Andaluz SL

Ctra. Benalúa 21 - Purullena (Granada)



"He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguno escuchare mi voz y me abriere, entraré con él y con él cenaré y él conmigo" (Ap. 3,20)

Presentación de esta cuarta edición

Este librito fue publicado como artículo de revista y ha tenido tres ediciones a nombre de Un Carmelita Descalzo, y como de tal autor son conocidos todos sus libros. Su nombre es *Valentín de San José*.

Nacido en Castilfalé (León) en 1896, ingresó de niño en los Carmelitas Descalzos y se ordenó sacerdote a los veinticinco años. Sobresalió por la austeridad de su vida y gran celo de almas en el confesionario y predicación; insigne promotor con palabras y escritos de la práctica de la oración mental y eminente director de almas.

Desde joven ejerció en Segovia y treinta años en Madrid los oficios de Prior, Maestro de Novicios, Consejero Provincial y por cuatro veces Superior Provincial de su Orden en Castilla, al mismo tiempo que fue durante veinticinco años Consejero Nacional de las Hermandades Ferroviarias. Restauró el Desierto Carmelita de San José de Batuecas, donde vivió veintitrés años entregado en la soledad a la oración y mortificación y allí murió a los 93 años el 14 de Junio de 1989 con fama de santidad.

Publicó numerosos libros de espiritualidad entre los

cuáles se enumera este de *La inhabitación de Dios*, en formato de bolsillo, con tanta estimación que le ha merecido ser incluido como sujeto distinguido en la gran obra del diccionario biográfico de la Europa actual: "Who's who in Europa", donde figura su ficha en la pág. 1.017 de la 3ª edic.1972.

Los méritos de sus virtudes y la mención en este diccionario acreditan la competencia del autor y su libro. Este es un comentario del texto evangélico: "Cualquiera que me ama, observa mi doctrina, y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos morada en él". (Joan, XIV, 23). Es lo que se llama inhabitación de Dios.

El gran papa Pio XII la definió: "Se dice que las Divinas Personas habitan en el alma, porque están presentes de un modo inescrutable en las criaturas dotadas de inteligencia y pueden ser poseídas por éstas mediante el conocimiento y el amor, aunque de un modo que trasciende toda la naturaleza criada y es del todo íntimo y singular"(Enc. *Mystici Corporis*). Es decir, las tres Divinas Personas se hacen presentes en el alma que está en gracia, para que las conozca por la fe, las ame por la caridad, a fin de que viva en unión, en amistad con la Ssma. Trinidad.

"La razón más alta de la dignidad humana-enseña el

Vaticano II- consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios" (Gs. 19).

En esta edición reproducimos la tercera en la que se añadió la célebre *Elevación a la Ssma. Trinidad*, por la carmelita Beata Isabel. Ahora añadimos también una síntesis de las *Moradas* de Santa Teresa que el autor escribió y divulgaba en hojas sueltas. Aquí la recogemos como de utilidad para entender el mejor libro teresiano.

El editor

Fr. Matías del Niño Jesús

(Desierto de San José de Batuecas, 1995)

A CUANTOS CON ANHELO BUSCAN A DIOS

Muy poco se piensa, aun por los buenos, en los tan dulces como inexplicables misterios de amor de Dios en las almas.

Ciertamente, en todo está el amor de Dios. Toda la máquina de la creación, con toda la inmensidad que encierra-muy superior al comprender del hombre, pues ni ayudado de los admirables inventos modernos puede llegar casi ni a deletrearla-, toda esta maravillosa, delicada e inmensa máquina está creada y movida por amor, porque por amor ha hecho Dios cuanto ha hecho y por amor lo conserva.

Obra mucho más admirable y de delicadeza más incomparable que todo el mundo visible lleno de magnificencia, es la obra íntima de Dios en el alma.

El alma fue creada por Dios para comprenderle y amarle, y comprendiéndole y amándole recibir la participación de gozo infinito con que Dios quiere llenarla de Sí mismo para hacerla feliz completa y

eternamente. ¡Grande es la dignidad y muy noble el fin del hombre!

Es inefable la belleza e indescriptible el esplendor de un alma que ha recibido la luz de Dios. El pensar en Dios llenando de Sí y comunicando su misma vida, su misma sabiduría, su mismo amor, su misma felicidad eternamente a un alma, debiera enloquecernos de admiración y de amor hacia El.

Es ésta la obra del amor infinito de Dios, como lo es la creación de un ángel y la excelsitud de un serafín.

Mucho se mira y canta la creación externa, y todo canto es pequeño para tanta grandeza y maravilla, mas apenas si se reflexiona y celebra la creación espiritual. Mucho se canta y escribe sobre el amor sensible en toda su dilatada extensión, y muy poco se exaltan y describen los tiernísimos y sobremanera delicados, íntimos e incommunicables misterios de amor de Dios en el alma.

Una pincelada, ruda y tosca, porque es mía, pero soberanamente delicada e iluminadora, porque es obra predilecta del infinito amor en un espíritu, quiero trazar en estas líneas al hablarte de la más íntima, suave e intraducible obra de Dios para con el alma fiel.

Quiera este Amantísimo Padre celestial bendecirla para que las almas que le aman y le buscan crezcan en

ansias de amarle y se le entreguen cada día con más ansias y mayor recogimiento, para llegar a mayor santidad y más encendido amor.

Nota a la segunda edición

Un alma buena suplicó se ampliara, sin que dejara de ser resumen, el artículo publicado con este título en la REVISTA DE ESPIRITUALIDAD, y ella misma se encargó de publicarlo en un folletito. Creía ella sería para provecho de muchas almas.

La aceptación, contra lo que se esperaba, fue tal, que en un año, sin anunciarlo, se ha vendido la edición y piden ejemplares en cantidad cuantos conocen el folleto.

Y aquí está la segunda edición, ligerísimamente modificada. Se ve que las almas desean y esperan se les hable de Dios, de lo más hermoso del alma, de lo que es santidad, de la bondad y atracción de Dios, de las maravillas inefables que Dios pone en las almas que le buscan y le aman y en las cuales establece El su morada de amor.

¡Qué grande y amable es Dios! ¡Qué delicada, encantadora y gozosa es la vida espiritual! ¡Nada hay más bello, porque es Dios en el alma!

Sucinta y claramente lo verás en este libríñ chiquito,

en sus veintiún parrafillos; quizás cuando lo hayas leído procures contagiar con tu entusiasmo por la virtud a todas las almas y tratarás lo lean los demás.

Porque para tanta luz y belleza las ha criado Dios con inefable amor.

1

Dios es para el hombre, Padre.

No suele el hombre mirar a Dios bajo el concepto de Padre.

En la Filosofía le estudia infinito en todas sus perfecciones. En la Naturaleza y en lo dilatado de los cielos ve la inmensidad de Dios; en el esplendor y ornato de la tierra y en el brillar hermoso de las estrellas, como en lo dilatado de los astros, admira la magnificencia de Dios.

Dios, infinita hermosura; Dios, infinita luz; Dios, magnificencia soberana, suspende, abruma, anonada la inteligencia humana, y toda la naturaleza, en sus múltiples manifestaciones, publica y canta los insondables e infinitos atributos de Dios, siempre y en todos infinito.

Siempre sobresale lo infinito de Dios, porque es la

primera propiedad suya, fuente de todas las demás y la que más sobrecoge e impresiona al hombre.

Pero Dios es también *Padre* del hombre y *Padre* de infinito amor hacia el hombre, como es infinito en todas las demás perfecciones. Lo infinito subyuga y atrae al hombre, y de tal manera, que por esto, quizás, apenas si considera y reflexiona en Dios como *Padre*, siéndolo tiernísimo y amantísimo.

La primera palabra que nos puso Nuestro Señor Jesucristo en los labios para dirigirnos a Dios por la oración, y la que presidiera los movimientos del corazón y las acciones todas, fue la de *Padre*. Antes que a la infinita grandeza y su incomprensible sabiduría y hermosura, nos enseñó a que miráramos a Dios, todo amor para nosotros, con confianza de hijos, llamándole *Padre nuestro*. El Padre se a da sus hijos; se les da por el amor y la realidad, aunque la primera de las realidades y manantial de todas es el amor.

Dios es mi Padre, amoroso sobre todos los padres y como no puede serlo padre alguno. Y Dios, Padre mío, quiere darme una herencia y unos bienes como no puede haber otros. Y el principal bien que me da es El mismo.

Si Dios es mi Padre, es todo amor para mí, y la herencia y los bienes que ha de darme son El mismo,

creador y origen de toda belleza y actualidad de toda perfección y de todo amor. Es el amor infinito que quiere saciar el hambre de amor del hijo y llenar la capacidad inmensa del corazón del hombre, saturándole de amor, de infinito amor, que encierra la sabiduría y belleza, la felicidad y gozo eternos.

No hay amor de padre terreno comparable al amor paternal de Dios para con el hombre. Pone a su vista la creación entera, de la que ha de hacerle heredero a su tiempo.

Los adelantos de las ciencias físicas muestran lo que, aun en el orden físico y corporal, podrá el hombre en el Cielo. Pero sobre todas las maravillas visibles, y aun las invisibles creadas, está la de darse el mismo Dios al hombre y enriquecerle para siempre.

Para recibir esta divina herencia ha creado Dios al hombre. Ningún padre puede, ni sabe, ni quiere darse como Dios se dará al hombre. Inundaciones de luz de amor y de gozo de amor envolverán y compenetrarán todo el ser humano. La creación entera le estará pronta y obediente, y los seres racionales estarán íntimamente compenetrados, en mutuo conocimiento y amor e inextinguible y simultáneo gozo, entonando todos el himno de la felicidad y del agradecimiento.

Dios, como Padre de inmensa generosidad, se mostrará larga y amabilísimamente Padre del hombre, y el hombre, embebido en la ciencia y amor de Dios, se verá y sentirá hijo dichoso de Dios, y gustará, sin fin y sin cansancio, de comprender y llamar a Dios *Padre*.

En la eternidad, Dios se da sin velos ni reservas cuanto las potencias del hombre pueden recibir. Pero Dios también es Padre en la tierra y también se comunica Dios al alma en la tierra. Si ha creado por amor y para el gozo de infinito y eterno amor al hombre, ya quiere empezar a hacerle participante de esta riqueza viviendo aún en la tierra.

La fe, la razón, el corazón, todos enseñan esta encantadora y sonriente verdad: *Debo confiar en Dios, que es mi Padre*. Más aún: *Debo entregarme todo en amor a mi Padre celestial*.

Jamás el hijo bueno desconfía del Padre bueno. Es la desconfianza fruto de la malicia propia o ajena. Se desconfía del hombre, porque no se puede sondear hasta lo íntimo para ver lo que allí hay, y las obras de muchos hombres son la prueba de que la prudencia no puede confiar en el hombre. También se desconfía del hombre, porque la malicia propia persuade a pensar de los demás lo que en sí mismo ve y tiene.

Pero Dios es bueno y la bondad misma, y por ser la bondad misma ha querido crearme para el Cielo y ser mi Padre y hacerme partícipe de esa bondad. Dios, mi Padre, no quiere mi ruina ni mi desdicha. La desconfianza para con Dios procede de la malicia propia del hombre y de su ignorancia; es también muchas veces la acusación de la conciencia no recta ni limpia. Se desconfía porque se teme; se teme porque no se ha obrado rectamente; no guió ni presidió el amor. Donde está el amor perfecto no tiene entrada el temor ¹.

Se desconfía por la ignorancia de lo que Dios es, porque no se mira que Dios es la bondad misma y el amor. Dios, mi Padre, me ama, y es mal hijo y desamorado el que no confía en su Padre bueno. Dios, bondad y amor, ha creado al hombre para la felicidad sin fin, y sin otro límite que el de la capacidad de las potencias del mismo hombre. Padre bueno, quiere siempre comunicar su bondad y amor a sus hijos. Les ha creado por amor y para el amor, para llenarles de El mismo, que es el amor y la bondad perfectos y saciadores.

¹ I Joan, 4, 18.

Todo calla, todo enmudece; es pequeño y oscuro ante el inmenso y suavísimo amor de Dios.

2

*La santidad es la deseada vida
perfecta y de gozo.*

La santidad es amor; infinito, indeficiente amor. El hombre debe vivir en el amor, practicar el amor y crecer en amor, hasta ser transformado en amor.

Dios es santidad, como es amor, y del mismo modo que ha creado al hombre para el amor, le ha creado para la santidad.

Es del hijo asemejarse al padre y ser una imagen viva del padre. De un Padre de santidad y de amor debe nacer un hijo cuyas cualidades y propiedades sean santidad y amor.

La santidad no es algo muerto; es vida, y vida la más perfecta. Flor de la inteligencia y de la voluntad coronada por el amor, con quien se compenetra y hace una misma vida y forma un mismo ser. El amor es

vida y actividad, y del amor recibe la santidad actividad y vida.

Entra en el concepto de la vida y es su esencia la *actividad o movimiento procedente de la misma esencia del ser*. Muy hermoso es el concepto que de Dios enseña la Teodicea, y se prueba en la misma metafísica que de esta manera tiene que ser. Dios-dice-es acto puro, y, poniendo este concepto con palabras al alcance de todos, se ha de decir: En Dios no hay nada inactivo ni oscuro, nada muerto ni opaco; es la vida perfecta, todo vida y con toda la actividad de la vida, y única y primera fuente de toda vida, como de toda perfección y de toda existencia. Dios es el saber y el poder, es la alegría y el amor, es la felicidad y la santidad. Es todo espíritu purísimo de infinita actividad, y comunica su vida y perfección a cuanto tiene estas propiedades.

La vida produce todos los efectos nobles que admiramos, todas las alegrías y gozos, todo bienestar y toda noble y excelsa aspiración.

Lo que tiene de dolor la vida humana, cuanto hay de pena y tristeza, es porque carece de la vida, que su naturaleza reclama, y es vida incompleta, imperfecta y mediatizada. Cuando se posea la vida en toda su plenitud, se tendrá la vida perfecta, sin oscuridades ni

temores ni aflicciones. En el Cielo, donde todo es vida perfecta, sin menoscabo alguno, no tienen lugar ni las nostalgias, ni las penas, ni los dolores. Todo es clarísima luz de vida y fulgor de alegría en gozo seguro, inmenso e inacabable.

Es imposible no desear vivir vida perfecta, sin límites de imperfección, de dolor ni de ignorancia. Dios ha puesto esta nobilísima aspiración en la naturaleza del hombre.

La vida perfecta es vivir en todo gozo y alegría, o sea: en infinito gozo e infinita alegría.

La santidad es levantar el corazón a esa atmósfera de luz y de amor, donde se respira y siente más delicadamente a Dios; donde el suave aleteo de los ángeles orea lo íntimo del alma, para que lo llene todo la luz de Dios, y ahí siente el alma incontenibles ansias de llegar a sentir el suave abrazo de Dios, infinitamente amoroso.

La vida de santidad es la vida de gracia. La gracia es Dios viviendo en nosotros por su amor. Por la gracia se hace el hombre participante del mismo Dios, y es levantada el alma a una vida más alta y perfecta que la vida natural; por eso se llama *sobrenatural*.

Mas los efectos de esta vida sobrenatural ni se sienten en modo alguno sensible, por ser puramente

espirituales, ni se comunican al cuerpo hasta la nueva vida del Cielo después de la resurrección, ni hacen desaparecer las inclinaciones torcidas del natural de cada hombre. Mientras se vive en la tierra no puede despojarse del deseo de verse libre de la carga del dolor y de la cruz, como se huye y teme la muerte. Porque serán, como son, santos y muy meritorios, el dolor y la cruz ofrecidos a Dios, y por la puerta de la muerte se entra al reino glorioso e inmortal del vivir perfecto que deseamos; pero la muerte y el dolor son castigos de la naturaleza rebelada y desobediente. El hombre no fue creado para morir ni para sufrir ni aun en este mundo. La desobediencia y rebeldía fueron castigadas, mientras el hombre peregrina por la tierra hacia el Cielo, con el dolor y con la torcida inclinación, con el miedo y con la muerte misma. Por eso, aunque el alma, movida por la fe, y la razón cimentada en la misma fe, las desee, la naturaleza las rehuye y teme hasta que del todo quede libre de ellas en la deseada patria donde vivirá en Dios la vida perfecta, vida de luz, de inteligencia y de amor. Apretados y angustiados por el dolor presente, aspiramos y anhelamos una futura felicidad bien cumplida.

Está en la naturaleza humana el disfrutar de todo

cuanto es agradable a los sentidos, y por ellos y en ellos siente la complacencia de las alegrías de las criaturas.

Este gozo noble y legítimo del cuerpo y del entendimiento puede desequilibrarse y desordenarse y caer en extravío por la flaqueza y desorden de la naturaleza caída, conduciendo a la ruina total al hombre, lejos del bienestar en la tierra y más lejos de su felicidad del Cielo, porque se ha alejado de su Dios.

Pero el disfrute honesto y moderado de las criaturas, lejos de aquietar el ansia y el deseo del hombre en su corazón o en sus sentidos o en su entendimiento, es brasa que estimula y enciende más las aspiraciones humanas a dichas más perfectas y cumplidas. Que Dios ha puesto en el corazón del hombre ansias inmensas de infinito, y las nobles alegrías de la tierra, en sus distintas variedades, sólo pueden remover y aumentar las ansias, que la presencia de Dios únicamente puede llenar. Muy bien lo dijo el Poeta Santo después de experimentar las más altas e íntimas alegrías que en la tierra pueden experimentarse, como venidas de la mano de Dios, para acariciar al alma con caricia de no soñado amor:

*De Ti me van mil gracias refiriendo
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no sé qué, que quedan balbuciendo.*

*Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor que no se cura
sino con la presencia y la figura ².*

Sólo Dios puede llenar y aquietar, en gozo infinito, el alma humana estimulada y atormentada por ansias indecibles.

Pensamiento delicado a la vez que lleno de filosofía y de vida espiritual, es el de la Sabiduría divina cuando dice, definiendo a los santos, *que eran hombres ricos en virtudes, que buscaban la Belleza*³. Tras de la infinita Belleza de Dios van las almas buenas caminando por las virtudes, y por este camino han ido siempre los santos, y con más claridad que en parte alguna la encontraron en los desiertos los anacoretas,

² San Juan de la cruz: *Cántico espiritual*

³ Ecl., 44, 6.

que allí se retiraron para verla más clara y hermosa en Dios y vivirla en silencio y paz de amor.

Por eso la vida de santidad encierra una alegría insospechada y no comparable a otra alguna. Es Dios con su gracia, el mismo Dios, con los efluvios divinos que de El brotan y llegan al alma, transformándola, quien pone en el alma la vida sobrenatural, llenándola de íntima paz y confianza y de una luz clarísima de fe, donde el alma se goza viéndose imagen de Dios e hija suya muy amada.

Como está la vida sobrenatural por encima de la natural, en lo esencial, lo está en los efectos secretos muy callados, y en las circunstancias y detalles delicadísimos e íntimos que produce en el alma.

Al crecimiento y desarrollo de esta vida sobrenatural hasta vivirla con perfección, que es crecimiento y desarrollo de gracia y de amor y es florecimiento y hermosura de virtudes, llamamos santidad.

Dios, siendo vida de la vida sobrenatural del alma, y poniendo gozo de su gozo, es la aspiración suprema del corazón. Sólo ahí puede descansar, aquietarse y ser feliz.

"La gracia santificante ordena al hombre inmediatamente-dice Santo Tomás-a su unión con el fin

último" ⁴, que es Dios. La posesión de Dios en amor y en gozo y para siempre.

3

*Dios pone la vida sobrenatural en el alma,
que sobrepasa toda natural comparación en
conocimiento y en gozo.*

La vida de santidad, al mismo tiempo que está rebotando misterios de dulzura y despidiendo de sí claridades de amor, produce en el alma gozos tan inefables, tan delicados y tan levantados, que no admiten comparación ni con los gozos de la pasión, ni con los gozos de la ciencia, ni con los gozos del amor humano, ni con ningún otro gozo que pueda ansiar soñando la exaltada imaginación o pretender el vehemente corazón. Es vida sobrenatural y espiritual. Es Dios obrando por sí mismo en el alma o en sus potencias.

Este gozo de la vida espiritual es siempre sobre el

⁴ Santo Tomás: *Suma*, I, 110.

amor de Dios y por el amor de Dios en el alma, y es gozo de vida de Dios en el alma.

La vida sobrenatural es vida toda de amor; es participación de Dios, y de su divino amor, en proporción a la intensidad de vida que se tenga. La vida sobrenatural es la gracia de Dios en el alma. Dios comunica al alma su vida por la gracia, y como la vida de Dios es entender y es amar, al hacer participante de su vida al alma por la gracia, la comunica un entender y un amar nuevos, sobrenaturales, como es nueva y sobrenatural la vida a que graciosamente ha sido levantada. Este amar y entender sobrenaturales producen el gozo espiritual y sobrenatural y nada de lo natural y que entra por los sentidos tiene proporción ni comparación con lo sobrenatural, que es puesto directamente por Dios en el alma.

Algunas veces la redundancia del gozo del espíritu, por especial permisión de Dios-con alguna mayor frecuencia la redundancia de las penas o pruebas que en la purificación se padecen-, se transparenta también al sentido y se hace presente en el sentir estos efectos de gozo o de pesadumbre; pero el sentido, quitadas estas raras excepciones de la misericordia especial de Dios, no puede de suyo nunca llegar a percibir la vida del espíritu ni los goces o penas del espíritu en su vida

sobrenatural, porque no es medio apto ni proporcionado ni hay comparación de lo corporal con lo espiritual, no pudiendo por esto mismo el sentido tener ni el conocimiento-que se adquiere mediante el sentido-, ni la apropiada comparación ni claro conocimiento de los delicados e inefables bienes del espíritu en la vida sobrenatural.

Dios pone la vida espiritual o sobrenatural en el alma, y esta vida sobrenatural es vida de Dios participada en el alma y por el mismo Dios comunicada: nadie puede comunicarla sino el mismo Dios.

Al poner la mirada en esta sobrenatural y amorosa e íntima vida, ya sea para estudiarla y admirarla, ya para agradecer al Señor merced tan excedente a todo mérito y tan delicada, como merced de Padre de infinito amor y de Dios amoroso que es, siempre se presenta y se ve amabilísima la Trinidad Beatísima; porque de Dios Trino procede merced tan soberana, y la Trinidad Beatísima, como infinito amor, es la causa de tan regalado e inapreciable don y la vida de esta sobrenatural vida.

Los efectos íntimos e inefables son proporcionados a la causa infinita que los produce y al fin de altísimo amor con que los hace. Quiere el Señor por ellos hacer concebir al alma donde los realiza una idea, aunque

oscura y velada, de aquellos celestiales y eternos, que sin interrupción comunicará en el Cielo como premio no proporcionado, por su excedente grandeza, de la virtud practicada en la tierra, pues como aquéllos, a decir de los experimentados,

*... a vida eterna sabe
y toda deuda paga*⁵.

Fácil es expresar, y aun genéricamente comprender, la razón de esta consoladora verdad. Pretender esclarecerla con detalladas particularidades y razonamientos, aunque sean en sí sobremanera halagüeños y hermosos, no es tan fácil ni asequible y supone grandes conocimientos teológicos.

Pero como muchas almas se gozan pensando en esta verdad, aun sin profundizar en sus difíciles razones, y se llenan de consuelo y reciben entusiasmo para practicar más abnegadamente la virtud, quiero yo, con la misericordiosa y benigna ayuda de Dios, discurrir un poco con la sencillez y claridad a mis cortos alcances posible, sobre estos delicados y atra-yentes misterios de amor, procurando hacerlos com-

⁵ San Juan de la Cruz: *Llama de amor viva*

prensibles y accesibles a todos; porque aunque ni sepa ni pueda expresar los hondos y difíciles conceptos y verdades que encierran con la sencillez y claridad que desearía, ni exponerlos como se debe y en muy reducidas páginas, para que hasta las almas más ocupadas y más sencillas puedan leerlos y gozarse en tan admirables grandezas, y animarse a vivir más santa e íntimamente con Dios, servirá, al menos, de no pequeña alegría a las muchas almas buenas y espirituales que aman a Dios, y en las cuales Dios muy amorosamente se complace, ver este hermoso horizonte de luz de tan inefables y amorosas bondades de Dios en las almas, y las alentará y animará a proponer ser cada día más interiores y más fieles a las llamadas de Dios, pensando lo mucho que en sus almas obraría si las encontrara dispuestas y le dejaran obrar en ellas, como Padre y dueño, las obras de su amor.

Para estas almas buenas, que en mi sentir son una de las más firmes columnas de la Iglesia, pero desapercebida y poco apreciada, y para las religiosas que lo viven o aspiran con ansia y esfuerzo a vivirlo, se escriben estas líneas. Y gozaré yo, aunque ningún bien se consiguiera, el pensar en la bondad y generosidad de Dios, y en cuán admirables maravillas

obraría en las almas, si las almas correspondiesen a tan tiernas llamadas de Padre tan bueno, viviendo las virtudes y ofreciéndose decididamente a la vida interior.

4

*Dios, único dador del amor, siempre
está mirando al alma.*

Toda la vida de santidad es vida de amor, desarrollo de amor y misterio de amor, de amor delicadísimo como no puede soñarse más en esta vida.

Este amor delicado está puesto en el alma limpia por la delicada y poderosa mano de Dios, de las más extrañas, diversas y tiernas maneras. Pero siempre es amor de Dios y amor altísimo puesto por el mismo Dios.

Dios, ininterrumpidamente, fomenta en el alma, por las gracias actuales e inspiraciones, y aun por medio de las tentaciones y luchas, este amor. Con inefable y misericordiosísima ternura, con mirada y solicitud de Padre, cuida del continuo crecimiento y procura el

perfecto desarrollo de esta hermosísima planta del amor por El mismo plantada en el alma. Nunca sus ojos bondadosos se apartan ni dejan de mirar al alma, que con tanto amor ha creado, ni de comunicarla nuevo amor con que, sin cesar, la embellece y enriquece.

Dios siempre está mirando al alma y está en el alma. Es esta mirada de Dios al alma de ojos amorosos y protectores, como de Padre. Nunca quisiera mirar Dios a las almas como Juez. Le siente Caín como Juez, pero había matado a su hermano, y aún escucha la palabra de perdón. David no encuentra lugar ni en lo profundo del mar ⁶ donde pueda esconderse de la mirada de Dios, pero era pensando tenía ofendido al Señor, y salen, sin embargo, de su corazón los afectos de más confianza en Dios; porque Dios siempre mira al alma con amor y el mirar de Dios es Creador y santificador. La mirada de Dios viste de gracia y hermosea y fecundiza de virtudes a las almas. Con altísima belleza cantó en versos insuperables San Juan de la Cruz esta mirada de Dios creadora de gracia y de

⁶ Salmo 138, 8.

amor en las almas ⁷, y pide a Dios le mire con esa mirada.

Dios, desde siempre, antes que por la creación diera realidad a los mundos, está continuamente amando con infinito amor a cada una de las almas. Las miraba porque las amaba y su mirada las daba belleza. Pero, ¿cómo miran los ojos de Dios al alma y cómo está Dios en cada alma? ¿Y como está el amor de Dios en cada alma?

Luz de consuelo y de aliento, y regalo inapreciable de alegría, pone en la inteligencia y en el corazón la enseñanza de la Filosofía y de la Teología sobre esta divina realidad, tan enaltecedora y amable como llena de belleza.

No puede soñarse oasis más refrigerador y consolador para el alma humana en el largo y pesado desierto de esta vida; ni delicia que más endulce su amargura y cambie en alegría las penas y tristezas, que esta verdad: *Dios vive en mi alma, Dios me ama y me llena y TIENE SU MORADA EN MI. Dios no aparta su mirada ni su amor del mío. Su amor es mi amor. Me da su amor y me pide mi amor.*

⁷ San Juan de la Cruz: *Cántico espiritual*. Can. 32 y 33, y su explicación.

Para vivir esta divina realidad aconsejaba San Juan de la Cruz a las almas se escondieran en lo íntimo de sí mismas en silencio, donde Dios está escondido, pero no inactivo, sino amando y hermo­seando con sus obras de gracia y de amor las almas ⁸; allí está la santidad y la dicha.

5

*Dios, Creador y Conservador de todo,
está en todo y lo ve y llena todo.*

Dios, como es el único Autor y Creador de todos y cada uno de los seres visibles o invisibles, está también en todos y a todos llena y a todos preside.

La conservación en la existencia y en la cualidades o perfecciones recibidas es un acto de grandeza igualmente infinita que la creación, y supone, como ella, la misma omnipotencia; y como sólo Dios puede crear, sólo también Dios puede conservar el ser y las perfecciones del ser.

⁸ San Juan de la Cruz: *Cántico*. Can. 1, y su explicación

No hay ángel o criatura alguna tan excelsamente dotado que pueda recibir el don de *poder crear*. La creación es acto exclusivo e inalienable del poder infinito, que es igualmente intransferible.

Dios ha creado al hombre y a todos los seres que rodean al hombre y todas las bellezas del mundo que la inteligencia humana comprende y admira, y las bellezas, que sólo comprenden las inteligencias de los bienaventurados y de los ángeles del cielo.

Como Dios creó todos los seres, y los crea actualmente *para hacerlos participantes de sus perfecciones y de su amor*, está también amoroso en ellos poniendo las perfecciones que tienen y el amor de que disfrutan. Perfecciones y amores sin comparación más levantados y delicados en los espirituales que en los corporales, cuanto vale más y excede el espíritu a la materia.

El genio de San Juan de la Cruz, para expresar esta admirable verdad, encontró esta frase no menos admirable: "Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; por tanto, sólo Dios es digno de él"⁹, porque un acto espiritual vale más que todo lo material, y en nada muestra el hombre tanto su

⁹ San Juan de la Cruz: *Avisos*, 32.

pequeñez, ignorancia y extravió y el desorden en que ha incurrido, como cuando no comprende ni concibe a Dios sino corpóreo, con perfecciones y sensaciones corporales. ¿Qué se ha de decir de quien le imagina afectado de pasiones?

El hombre entiende en la tierra por medios sensibles, pero lo espiritual está sobre lo corporal, y Dios, espíritu infinitamente perfecto y omnipotente, creó lo corporal y los seres espirituales, y ha puesto las leyes y propiedades a unos y a otros, y todo lo llena.

Dios está en la alma del justo y en la alma del pecador, como está también en cada uno de los seres de la creación entera. Pero de muy distinto modo está en los seres no espirituales y en los espirituales, en unas almas y en otras. Y con muy distinta armonía cantan todos los seres la gloria de Dios.

En todos está como Creador y Conservador, y está tan necesariamente, que si Dios no estuviera en todos con esta propiedad, ni los ángeles, ni las almas, ni criatura alguna podrían gozar de la existencia; y creadas por su voluntad del no ser para existir, no podrían, ni un solo instante, conservar la existencia recibida.

Todo lo ve Dios y todo lo llena. Su mirada como su infinito y suavísimo amor, está en cada uno de los

seres y en cada acción o actividad de las criaturas, sin que pueda existir nada que no reciba el destello de su mirada, u ocultarse ni huir de sus ojos. Ni hay actividad, perfección o acción que no haya salido de la pródiga mano de Dios.

Dios miró y amó, desde toda la eternidad, a todos los seres, que recibirían la existencia en el correr de los siglos en el momento por El prefijado. Para Dios no hay pasado ni futuro; todo le está, ha estado y estará siempre y sin interrupción presente bajo su mirada y obediencia. Es su mirada la que viste de belleza la creación y saca del no ser a la alegría de la existencia cuanto es y ha sido creado y en tanto algo existe en cuanto Dios lo mira para que exista.

Como de sólo Dios se puede recibir la existencia, igualmente sólo Dios puede ser el Conservador de la existencia. El mismo acto-como queda dicho-de potencialidad infinita y de benevolencia amorosa es necesario para que el hombre continúe subsistiendo, viviendo, entendiendo y amando, que fue necesario para darle el primer aliento de vida, el primer rayo de luz a su inteligencia y la primera gota del bálsamo codiciado, suave y regalado de amor a su espíritu.

Dios conserva el ser de cuanto tiene existencia; da vida a cuanto tiene vida; entendimiento a los espíritus;

verdad a las inteligencias, y excita la voluntad del hombre en la tierra para que vaya libremente por la luminosa senda del amor a la consecución de su fin perfecto y glorioso, que es el mismo Dios en amor. Porque Dios es el fin último de toda vida y de todo ser, como es el Creador de todo, y todos los seres libres a El deben aspirar. Dios se dará en amor glorioso al que le busca.

6

Cómo está Dios presente en todo.

Enseñan a una la Teología y la Teodicea que Dios está presente en todos los seres de la creación, de tres maneras simultáneas: Está por *esencia, presencia y potencia*, al mismo tiempo, en cada ser. Es el Creador amoroso y omnipotente que prolonga su amor ininterrumpidamente presidiendo, conservando y dirigiendo a todos y a cada uno de los seres, según los caminos trazados desde toda la eternidad por su altísima Providencia.

El hombre obra en el exterior de los seres y ni aun

con su inteligencia ve ni comprende las esencias de los mismos; los comprende tan sólo por sus efectos. Pero Dios que los creó, no solamente los ve sin dejar jamás de verlos, por que dejarían de existir, en su esencia, con todas sus propiedades y modalidades, dadas por El, que es lo que se llama *existir Dios en las cosas por presencia*; ni solamente está su voluntad en todos, conservándolos, dirigiéndolos y dándolos la actividad o movimiento que tienen estando todos en sus manos y a su querer, a lo que se llama *existir por potencia en las criaturas*, sino que también está presente su esencia a la esencia misma de las cosas llenándola con su inmensidad, lo que llamamos *existir por esencia*, correspondiendo estos distintos modos de existencia de Dios en los seres a distintos atributos de Dios; está por esencia, porque es inmenso y todo lo llena, y nada puede existir que Dios no lo llene; está por presencia, porque es infinitamente sabio y todo lo ve y lo sabe actualmente y como presente, sin memoria, porque lo ve presente; está por potencia, porque todo lo puede, como omnipotente que es, y todo lo dirige y gobierna y de todo tiene providencia.

San Pablo así le veía y predicaba cuando decía: "*En Dios vivimos, nos movemos y estamos*" ¹⁰; nada podemos hacer ni pensar fuera de El. Nuestras

acciones las realizamos, y nuestras palabras las pronunciamos en el mismo Dios.

Toda la creación canta la grandeza, la sabiduría, la omnipotencia, la bondad de Dios, y sigue obediente bajo su amorosa mirada por las sendas trazadas por Dios en su infinita misericordia, desde antes de empezar los tiempos y de que los ángeles admirasen la divina grandeza.

El pecador que no ama a su Creador, que ni agradece ni pide, o que odia, tampoco puede verse libre de esta amorosa mirada de Dios, aunque la desprecie, ni sacudir lejos de sí su presencia divina. De Dios presente y que le está mirando, recibe el ser y el vivir, la actividad y la fuerza de sus miembros y de sus potencias, el entender y el amar, y también el pecador cantará, aunque en juicio y en rigor, la gloria de Dios.

La conciencia de cada hombre da testimonio de la presencia de Dios en las obras propias, buenas o malas reconviniendo o aprobando.

Da testimonio también la razón, según la explicación bien cumplida de la filosofía natural. ¿De dónde o cuándo puede darse un efecto sin su causa o proceder ser alguno o actividad de cualquier clase, del

¹⁰ Hechos de los Ap. 17, 28.

no ser? Dios está en todo, y lo llena todo, y todo lo ve, y todo alaba a Dios, y canta su grandeza y majestad, su omnipotencia y sabiduría, consciente o inconsciente, en amor o en aversión, en gozo y gloria o en desdicha. El hombre no sabe rastrear los caminos de su Providencia ni los derroteros de sus disposiciones, pero ve y siente la mano que todo lo sostiene y guía por sendas inescrutables.

Esto enseña la infalibilidad de la Fe.

Hay aún otros modos más admirables de estar Dios en los seres espirituales.

7

*Dios está por gracia y amor
en las almas buenas, dando
la vida sobrenatural.*

Pero Dios está con especial amor e inexplicable complacencia en las almas, sus amigas, con el amor que la Teología llama amor de benevolencia y amor de amistad. Dios se hace amigo del alma.

La amistad de Dios da la gracia de Dios, o, mejor, la

gracia de Dios es la amistad de Dios con un alma. La gracia de Dios es amor de Dios y misericordia de Dios. Dios establece amistad con el alma, el alma recibe lo que no merece recibir: recibe el amor de Dios.

El amor de Dios es fuerza y actividad, es calor y vida, vida sobrenatural. El alma en gracia es iluminada con la belleza y vivificada con la fecundidad que brotan de la misma luz y vida de Dios y tiene por floración hermosa las virtudes.

La vida de la gracia es una vida nueva, con nuevas bellezas, con no soñados horizontes iluminados con luz de cielo. Es *la vida sobrenatural del alma*. El alma ha sido levantada a una vida superior a su naturaleza por el amor de benevolencia de Dios. La amistad de Dios pone este tesoro inapreciable en el alma. Por la amistad de Dios recibe el alma la luz de Dios y es envuelta y vestida de la fortaleza y ciencia de Dios, esencialmente luminosa y creadora, como su amor; por la amistad de Dios se reviste de fulgor y belleza y obtiene el fruto de las virtudes.

La santidad es la vida de la gracia desarrollada en el alma. La gracia se desarrolla y florece en las virtudes y por las mismas virtudes; exige la cooperación de la voluntad, y ésta puesta, obtiene su perfecto desarrollo.

Podemos muy bien decir que Dios viene al alma

por las virtudes; porque siendo las virtudes la cooperación verdadera y efectiva de la voluntad a la gracia, y creciendo con esta fiel cooperación la gracia de Dios y el amor de Dios en el alma, crece también la participación de Dios en mayor vida sobrenatural del alma. Porque aunque es Dios el único dador de la gracia, ha obrado en esto también con la infinita largueza suya, obligándose a sí mismo, por amorosa delicadeza y complacencia para con el alma, a venir a ella y aumentar la gracia en ella si el alma vive y ejercita las virtudes, haciendo de su gracia como una paga de las virtudes y aumentándola en proporción a las mismas y al amor con que se vive.

Por esto son las virtudes la única prueba cierta de la gracia y de la santidad en el alma en todos los caminos más altos o menos elevados de la perfección, y en las sendas sencillas de la vida interior como en las difíciles de las comunicaciones y carismas especiales que el alma sienta.

La gracia es la vida divina en el alma.

Dios, viviendo en el alma por la vida sobrenatural de la gracia y del amor, es el gran misterio de amor en la creación, pero de amor tierno y delicado sobremanera.

En el alma en gracia, no está ya solamente Dios por *esencia, presencia y potencia*, como está en los demás seres, o por un principio causal de eficiencia, por ser el Creador de todo; ni está sólo como Conservador y Director de los seres y de las leyes, que rigen toda la naturaleza por El establecida desde el principio para cada uno de los seres, guiándolos hacia la armonía y fin universal, prefijados para cada uno de los seres desde la eternidad. Está, además, por la soberana delicadeza de su mismo amor infinito, como Dios, en el alma del que vive la vida de la gracia.

No suele tenerse clara noción de la gracia ni reparamos ordinariamente en su grandeza ni en sus efectos. Porque muy otro sería el aprecio que de ella hiciéramos, y aun de la propia grandeza humana. Al hombre, sin la gracia, se le considera poco menos que una mercancía de valor relativo. Pero el hombre es

hijo de Dios. La gracia le levanta a participar de la divina naturaleza y le da esta filiación divina. Como la disminución o pérdida de la Fe a causa de que no se aprecie la grandeza de lo espiritual ni la grandeza del alma, que es espíritu, y se tenga en menos al hombre, así el menosprecio de la gracia trae la depreciación del hombre; la Fe realza la grandeza del hombre y muestra la mayor grandeza para que ha sido creado. La gracia levanta y engrandece al hombre.

Oímos siempre que la gracia hace participante al hombre de la naturaleza de Dios. Los teólogos nos dan la noción diciendo que es: "La participación de la divina naturaleza." "La gracia-dice Santo Tomás-excede a toda facultad de la naturaleza creada, pues *no es otra cosa que cierta participación de la naturaleza divina, que excede a toda otra naturaleza*" ¹¹.

Es aún mucho más consolador leer la explicación y el razonamiento de los mismos teólogos. La gracia es algo real, divino, puesto por el amor de Dios en el alma, y por este amor *es levantada el alma a vida sobrenatural* y hecha sumamente grata a los ojos de Dios. La gracia da la filiación divina, y por la gracia es

¹¹ Santo Tomás: I, q. 110 a. 3 y 112 a. I.-Suárez: *De Gratia*, lib. 6, cap. I, y *De Deo I*, lib. II, cap. 19, núm. 5.

constituída heredera de la gloria, pues ésta es la herencia inconmensurable de los hijos de Dios.

Santo Tomás dice de la gracia también que "es el principio de la gloria en nosotros" ¹²; es el principio no sólo porque da derecho al Cielo, sino que, por la gracia, pone Dios el Cielo en el alma, pues por la gracia viene El mismo a morar en el alma, llenándola de carismas, y Dios es el Cielo siendo la verdad y la felicidad de los bienaventurados.

Ya San Pedro había hecho la más admirable alabanza y dado la más alta noción, diciendo que "Dios nos había dado los más preciosos dones en la gracia para *hacernos por ella partícipes de la naturaleza divina*" ¹³.

Como en lo natural la vida es el principio de todo bien y actividad natural, y sin la vida todo resulta oscuro, frío y muerto; en el orden sobrenatural, la vida sobrenatural es la gracia de Dios; toda la grandeza de las almas santas y todas las aspiraciones nobilísimas y consoladoras de Cielo se cimentan en la gracia y de la gracia reciben belleza. El amor es la más atrayente realidad de Dios, y la gracia es el amor. La gracia es el

¹² Santo Tomás: II-II, q. 24 a. 3, 2 m

¹³ San Pedro, II, 1, 4.

amor de Dios puesto en el alma, y el amor todo es luz y encanto, gozo y ansia de gozo; luz brotada del pecho de Dios, iluminando el alma con reflejos celestiales y ungiéndola con el bálsamo suavísimo de la divina caridad. Dios ama con amor de benevolencia y de complacencia a esta alma; en ella ha puesto el tesoro de su amor.

El amor de benevolencia y de complacencia no es algo muerto; es vida de Dios y pone en el alma vida sobrenatural ¹⁴, y está calladamente obrando maravillas en esta bendita alma, con efectos altísimos, como de Dios, bañándola y llenándola de las suavísimas esencias con que el Señor transforma al alma.

Los Santos algo han sabido balbucir de las delicadezas del amor sobrenatural, porque lo han vivido.

La gracia y este amor de Dios son vida sobrenatural y vida de Dios en el alma. Dios pone esta vida y este amor en cuantas almas la viven. Dios ofrece esta vida a todos y llegan a vivirla con perfección cuantos, deseándola, tienen humildad para pedirla y constancia

¹⁴ Santo Tomás: II-II, q. 23 a. 2, 2 m.

y voluntad determinada para cooperar a las llamadas divinas, caminando por las sendas del Señor.

La participación de Dios y de la caridad divina por la gracia santificante es susceptible de aumento; en cada alma está en proporción de las obras buenas y virtudes que realiza. Porque si es cierto ser Dios quien aumenta la gracia como único autor y dador de la gracia, no es menos cierto que está en la voluntad de cada uno aumentarla indirectamente, porque la misericordia y amor de Dios se ha condicionando a sí mismo, en exceso de amor, aumentar el amor y la gracia según las obras buenas y la grandeza de amor con que el alma las realiza, y jamás deja el Señor de cumplir el compromiso amoroso de su misericordia para con el alma amada.

Dios ha puesto de este modo en la voluntad del alma el crecer en gracia y en amor, cooperando, fiel y abnegadamente, a las gracias actuales que Dios, con tanta prodigalidad y largueza, comunica, como quien nos ha creado para la santidad y sólo nuestra santidad desea.

Comprendiendo la belleza y la grandeza de la gracia se comprenden las alabanzas que de la misma han hecho todos los santos y los sabios-teólogos; la determinación de todos los apóstoles de arrostrar

todos los peligros y sobreponerse a todos los obstáculos para hacerla conocer y vivir de las almas; se aprueban los propósitos firmes y la constancia y la penitencia de los confesores y de las vírgenes por aumentarla en su alma, practicando las virtudes más altas y limpias; y no solamente no extrañan los heroísmos de los mártires despreciando la vida del cuerpo por conservar esta vida sobrenatural, antes se sienten ansias de unirse a ellos, y, dejando aquí abajo, entre dolores, el cuerpo, volar con ellos a Dios para revivir ya, plenamente y en gozo y sin temores, la vida verdadera de Dios y en Dios.

Creecer en la gracia y en el amor es la petición más continua que las almas santas han hecho y hacen siempre. La más continua y la más sentida; y la aspiración por vivir esta vida la más esforzada y más vehemente. Por lo mismo que es la gracia la riqueza y la ciencia alta sin comparación sobre todas las demás y que sólo Dios puede darla y con nada puede merecerse.

De todas las almas levantadas al orden sobrenatural por la gracia divina se dice con verdad y propiedad que *Dios habita en ellas*; vive en estas almas con amor, está continuamente poniendo vida divina y amor divino y estimulando a un mayor amor.